

dos como víctimas; los méxica eran conquistadores, extendieron su dominio por un grande territorio, y de continuo llevaban sus armas contra las provincias independientes ó rebeldes: en todas las guerras, no se procuraba tanto matar al enemigo, cuanto hacer el mayor número de cautivos. Las fiestas eran diarias, fuera de las solemnes de veinte en veinte días: no habiendo guerra, se ocurría en estas ocasiones á la guerra pactada y religiosa contra Tlaxcalla, Cholollan y Huexotzinco. Además, se preparaba una gran hecatombe para la coronacion de cada uno de los reyes, ó cuando quería consagrarse algun nuevo monumento religioso. Espantan verdaderamente estas dos cifras; el número de los cráneos que los conquistadores vieron conservados en el Tzompantli; el número de los sacrificados en la sola dedicacion del templo mayor, que fueron 20,000 segun el Códice Telleriano Remense, ó 20,400 conforme al Códice Vaticano. Preciso es tambien tener en cuenta, la gran cantidad de esclavos vendidos para los sacrificios.

Tremendos cargos han sido fulminados contra los americanos por esta práctica impía. Para responder alzaron ya la voz nuestros compatriotas Clavigero (1) y el Sr. Don José Fernando Ramírez: (2) á su ejemplo vamos á decir tambien algunas palabras, en que sus luminosos escritos nos servirán de guías. Esta defensa y cuanto digamos, como vamos á ver, no es solo en favor de las antiguas tribus, sino de la humanidad entera.

“No ha habido casi ninguna nacion en el mundo, dice Clavigero, que no haya sacrificado víctimas humanas al objeto de su culto. Los Libros Santos nos dicen que los Amomitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacían otros pueblos de la tierra de Canaan. Los Israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el lib. IV de los Reyes, que Achaz y Manases, reyes de Judá, usaron aquel rito genético de pasar á sus hijos por las llamas. La expresion del texto sagrado parece indicar más bien una lustracion ó consagracion que un holocausto; pero el salmo CV no nos permite dudar que los Israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los

(1) Hist. antig. Disertacion VIII, tom. II, pág. 418.

(2) Hist. de la Conquista por Prescott, edic. de Cumpido, tom. II. Notas y esclarecimientos.

Cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion, los estupendos y admirables milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios. “*Commisti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et immolaverunt filios suos et filias suas Dæmoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiorum suorum et filiarum suarum quas immolaverant sculptilibus Chanaan. Et infecta est terra in sanguinibus.*”

“De los egipcios sabemos por el testimonio de Maneton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se inmolan tres víctimas humanas en Heliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solo los Amomitas, los Cananeos y los Egipcios los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfegor y Juno; pues los Persas hacían iguales sacrificios á Mitra ó el sol, los Fenicios y los Cartagineses á Baal ó Saturno, los Cretenses á Jove, los Lacedemonios á Marte, los Focenses á Diana, los habitantes de Lesbos á Baco, los Tesalónicos al centauro Quiron y á Peleo, los Galos á Eso y á Tentates, los Bardos de la Germania á Tuis-ton, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los Fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecían en sacrificio á su inhumano Baal los hijos que más amaban, y Curcio afirma que lo mismo hicieron los Tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los Cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razon. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agátocles, rey de Siracusa, para aplacar á su dios, que creían irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, además de 300 jóvenes, que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses y de su amor á la patria, y segun asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debía saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.”

“Los Pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como cuenta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos que fueron tan sanguinarios y supersticiosos, conocieron tambien aquellos sa-

crificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron niños en honor de la diosa Maia, madre de los Lares, para implorar de ella la felicidad de sus casas. Indújoles á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos. "*DCLVII demum anno urbis, Cn. Corn. Lentulo Licinio Coss. Senatun consultum factum est, ne homo immolaretur.* Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion, pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perugia, donde se había fortificado el consul L. Antonio, sacrificó en honor de su tio Julio Cesar, divinizado ya por los Romanos, 300 hombres, parte senadores y parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios. "*Perusia capta in pluribus animadvertit; orare veniant, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam trecentos et deditiis electos, utriusque ordinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martiis victimarum more mactatos.*" Lactancio Firmiano que conocía á fondo á la nacion Romana y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice expresamente que aun en sus tiempos se hacían aquellos sacrificios en Italia al dios Lacial. "*Nec Latini quidem hujus immanitatis expertes fuerunt siquidem Lacialis Jupiter etiam num sanguine colitur humano.*" Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el lib. III, que los Lusitanos sacrificaban los prisioneros cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus entrañas y guardándolas para sus agüeros; que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas víctimas al dios Marte, y hablando en general dice, que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ajeno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los Béticos sus antepasados, á saber, que despues de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte á sí mismos, lo que él elogia como una accion heróica:

"Prodiga gens animæ et properare facillima mortem;

"Nanque ubi transcendit florente viribus annos,

"Impatiens cævi spernit venisse senectam,

"Et fati modus in dextra est.

"Quién diría que esta manía de los Béticos había despues de ser una moda en Francia y en Inglaterra? Viniendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los Godos, que ocuparon la España, dice así: "Porque estaban persuadidos que no "tendría buen éxito la guerra, si no ofrecían sangre humana por "el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, "al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las "ramas de los árboles los pellejos de los que mataban." Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma península, no se habrían maravillado tanto de los sacrificios de los mexicanos."

Dejando á Clavigero, encontramos en Cesar Cantú: (1) "La mayor parte de los pueblos han inmolado víctimas humanas. Fenicios, Egipcios, Árabes, Cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, Persas, Atenenses, Lacedemonios, Jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, Romanos, antiguos Bretones, Hispanos, Galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupacion. Para conseguir el favor de los dioses, el rey de Moab ofreció á su hijo en holocausto sobre los muros de su capital, sitiada por los Israelitas, causando esta accion tal horror á los sitiadores, que al momento se alejaron. (2) No puede menos de sentirse un estremecimiento de horror al leer en los autores tanto antiguos como modernos la descripcion de los sacrificios humanos, usados desde los tiempos más remotos en toda la gentilidad, y practicados hoy dia en la India y en lo interior del Africa. Ignórase quién fué el primero que aconsejó tan atroz barbarie; pero haya sido Saturno, como resulta en el fragmento de Sanconiaton, ó Licaon como Pausanias parece indicar, es lo cierto que esta costumbre echó profundas y robustas raíces. La inmolation de las víctimas humanas era una de las abominaciones que Moisés reprendió á los Amorreos; los Moabitas sacrificaban niños al dios Moloc, cuya cruel costumbre prevaleció entre los Tirios y Fenicios, y los mismos Hebreos la habían tomado de sus vecinos."

(1) Hist. Universal, tom. VIII, pág. 787.

(2) IV Reg. IV. 27.

El mismo Cantú escribe en otra parte: (1) "Quisiérase negar la historia cuando nos muestra este abominable uso practicado en todo el universo; pero para oprobio de la especie humana no hay cosa más incontestable, pues que hasta las ficciones de la poesía atestiguan esta preocupacion universal."

Copiando ahora al Sr. Ramírez, (2) dice: "En efecto, dejando á un lado la sola tradicion histórica, que nos conduciría en nuestras investigaciones á una época más remota que la del sacrificio intentado por Abraham, (3) y ateniéndonos únicamente á aquellas pruebas de hecho que aun se conservan, y que podemos juzgar por nosotros mismos, es de veras muy digno de atencion que la prueba de la existencia de los sacrificios humanos se encuentra en monumentos que á su vez son testigos irrecusables de la alta civilizacion á que había llegado el pueblo que los construyó; cual si nos dijese en lenguaje misterioso que aquellos habían caminado á la par de ésta. Las estupendas ruinas de Persépolis, que nos transportan tantos siglos más allá de Alejandro, han perpetuado en sus magníficos relieves la memoria de los sacrificios humanos: (4) la misma se reproduce en las pinturas halladas en los sepulcros de los reyes de Tebas, no dejando duda alguna, dice el baron de Humboldt, de que los egipcios practicaron estos sacrificios. (5) Muestras de ello se reconocen en los escombros que cubren la isla Phila ó Philoe, cuyos acabados relieves y cincelados mármoles nos hacen retroceder, en los más modernos, un periodo de cinco mil años. (6) En fin la antigua y misteriosa India nos presenta en el collar de cráneos humanos que adornan el cuello de la diosa Cali ó Bhavani, así como tambien en las esculturas de Elephantina, la práctica de las tremendas lecciones contenidas en sus libros sagrados. (7)

(1) Loco cit. pág. 772.

(2) Notas y esclarecimientos, pág. 39.

(3) El sabio Abate Guenéé conviene en que esta especie de sacrificios estaban en uso mucho ántes de Abraham. *Lettres de quelques juifs*, vol. II, lett. 3, § 2.

(4) Chardin, *Voyages en Perse*, &c., vol. IX, pág. 63 y sig. edic. 12.º 1711.

(5) Vues des Cordillères, &c. Planche XV, vol. I, pág. 289 in 8.º

(6) Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Egypte, vol. V ó III, cap. I, in 8.º 1832.

(7) Vues, &c., loc. cit. pág. 256.—"El placer que causa á la divinidad el sacrificio de una tortuga, dice la ley del Indostan, solamente le dura un mes; el que recibe del sacrificio de un cocodrilo, dura tres meses; una víctima humana le causa un pla-

Por lo que toca á los pueblos que llamaré modernos, considerándolos como la almáciga ó el tronco de donde brotaron las naciones que hoy llevan la bandera de la civilizacion, es muy fácil probar con su misma historia, que ni uno sólo de ellos ha escapado á aquel bautismo de sangre, cual si éste formara uno de los necesarios eslabones de la cadena social, que ninguno tendría el privilegio de saltar." (1)

Del testimonio conforme de los autores se deduce, que la práctica de los sacrificios humanos ha sido comun al Antiguo y al Nuevo mundo. ¿Podremos inferir de su universalidad, la bondad de la costumbre? De ninguna manera: la repeticion de un acto criminal, ni le abona, ni le justifica. Pero se puede establecer, que los europeos cometen un acto de injusticia y de irreflexion al levantar el grito contra esta barbarie de los americanos achacándoles como crimen particular el que tambien es propio suyo y comun. Cuanto de los indios digan, cae sobre la cabeza de todos los pueblos; ese afectado horror está fuera de lugar; si alguien está inocente tire la primera piedra.

Mas esta mancha de la humanidad ¿alcanza alguna explicacion plausible? ¿Tan grande falta es, que no admite disculpa ni merced delante de la razon? Tal vez pudiera merecer alguna.

En último análisis, los sistemas religiosos de los filósofos se resúmen en estos principios. Dios crió al hombre, se comunicó con su obra, se le dió á conocer y le impuso una doctrina; la revelacion. Ésta es mi creencia. La idea de la Divinidad es innata en el hombre: la intuicion. Dios y su culto son un esfuerzo de la inteligencia humana, y marcan cierto estado de adelanto: la evolucion. En ningun caso puedo creer con el poeta, que los primeros dioses hayan sido el parto del temor. (2) No en el prime-

III *... mil años, y tres, un placer de cien mil años.* De la religion considerée dans sa source, &c., por B. Constant, lib. XII, cap. 2, in 8.º 1831.—Es probable que así hayan discurrido todos los pueblos, desde el momento en que les ocurrió salpicar con sangre las aras de sus dioses, sin que fuera bastante á contenerlos otro poder, que el emergente del abuso mismo del sacrificio.

(1) Para no fastidiar á mis lectores con la lectura insípida de un mismo hecho, variando solamente con los nombres propios de los pueblos, lo remito al capítulo citado de B. Constant, y al lib. VII de la Monarquía indiana del P. Torquemada, donde hallará una gran parte de las pruebas que podrían producirse en apoyo de esta proposicion.

(2) Primus in orbe Deos fecit timor.

ro, porque Dios se reveló á su hechura por la ley del amor; no en el segundo, porque la idea estaba concebida; no en el tercero, porque el hombre, en su estado primitivo convencional y supuesto, está más propenso á la admiracion que al miedo; porque del peligro se huye sin detenerse á adorarlo; porque lo que se alza por Dios infunde respeto, y ántes fué elegido por el reconocimiento ó el asombro.

Sin embargo, es evidente que en el culto se encuentran mezclados dos sentimientos, al parecer imposible de estar asociados, el amor y el miedo. La explicacion es fácil. Dios se considera siempre como la perfeccion absoluta. Á poco que se examine, el hombre se encuentra imperfecto, trunco. La inmensa grandeza de Dios, los favores de él alcanzados, la esperanza de los beneficios por recibir, determinan la admiracion, el agradecimiento y el amor. Las relaciones que se establecen entre Dios y el hombre presuponen una regla de conducta, es decir, una ley con su parte penal; recompensa para quien la cumple, castigo para quien la infrinje. Ahora bien; reconocida por el hombre su imperfeccion, por esta causa, ó por temor á la perversidad personal, piensa que es fácil, muy fácil conculcar la ley. Del crimen viene el miedo al castigo, el temor á la Divinidad; no por suponerla malévolá ó vengativa, sino precisamente por considerarla justa.

Apartado el hombre de la revelacion, quedó entregado á su propia ceguedad. El amor inventó la ofrenda, el miedo el sacrificio. La ofrenda es al principio sencilla, como sencillo es el corazon; despues razonada, á medida que se ilustra la mente. Nada más tierno, nada más natural, que colocar sobre el altar la yerba olorosa, la flor fragante de los campos, el fruto sazonado y sabroso, las espigas de la cosecha, las primicias del rebaño. El sacrificio es la expiacion, y comienza por la persona del culpado. La falta se purga por la pena proporcional; cuanto más grave es el pecado, tanto mayor será la penitencia. Brota del labio la oracion ó súplica; siguen la abstinencia, la maceracion; el arrepentimiento y el fervor conducen á expiaciones en que el cuerpo se desgarrá, y la sangre que de las heridas mana es la primera que, sin pretenderlo, se ofrece á la Divinidad.

La lógica del sentimiento anda por pendientes resbaladizas. Prosiguiendo en sus inducciones, admite que la culpa puede re-

dimirse por objetos extraños al culpado; es decir, descubre el sistema de sustitucion. Y como la Divinidad es dueña de todo lo creado, fuente de la produccion y de la vida, infiere, que no solo se le deben los seres inanimados, sino tambien los vivientes; á las plantas, flores y frutos seguirá la ofrenda de animales. Los seres animados solo pueden ser sustituidos por seres animados. A la ofrenda acompaña la víctima, el símbolo expiatorio; el sacrificio se hace superior á la oblacion. [La víctima se hace santa, por estar consagrada á Dios: si redime la culpa individual tambien puede ponerse en desagravio de las maldades públicas, ó por la salud comun; entonces el sentimiento particular se convertirá en comun y ritual. La víctima será de tanto mayor precio, cuanto mayores sean las perfecciones que se le atribuyan. Cada pueblo dará la preferencia á un animal privilegiado; y como la repeticion de un sacrificio es la repeticion de una obra meritoria, no siempre la piedra se conformará con una víctima, y llegará hasta la hecatombe.

Se escapan las ideas intermedias, que á los hombres actuales no pueden ocurrir, hasta llegar á la víctima humana, que era la consecuencia forzosa de una lógica inflexible, torcida en sus principios. Admitida la sustitucion, el suplicio del criminal que satisfacía la vindieta pública, se transformó en el sacrificio del malo para aplacar á la Divinidad enojada y alcanzar el remedio de la comunidad. Si se degollaba al prisionero por enemigo de la patria, se le podía sacrificar como enemigo de los dioses. Se inmolaba al esclavo, con el derecho que el señor tenía para disponer á su antojo de su propiedad. Pereció tambien el inocente, pedido por el expreso mandato del dios, por el voto popular, por las prescripciones del rito.

Puesta la primitiva verdad en la resbaladiza pendiente, fuerza era verla despeñada hasta el abismo. El pensamiento seguía el órden progresivo; la piedra para sostener el ara; los metales y objetos valiosos para adornarla; las plantas y frutos para ofrenda; los animales, víctimas de sustitucion; preciso era llegar al ser más perfecto en la creacion, al más preciado, al que más se puede semejar á la Divinidad, el hombre. El hombre víctima de sí propio en la penitencia personal; víctima de sustitucion por una congregacion, por un pueblo entero. Si el sacrificio del criminal era grato, en casos escepcionales lo sería con mayor razon

el del inocente. Si sucumbía el guerrero, también tenía su precio la sangre de la mujer y del niño. Nada de esto podemos ahora admitir como racional, porque precisamente venimos contra la corriente de aquellas ideas absurdas. Nos parece el sacrificio humano, impío y abominable; matar al inocente, atentatorio y criminal; dar la muerte al prisionero, injusto; reconocer la esclavitud, inicuo: pensamos detenernos ante la vida del malvado, como ante cosa de la cual no podemos disponer.

Vemos á todos los pueblos convergir á un punto, aunque ignoramos los caminos por donde llegaron; se les ve coincidir en una idea comun, sin que tengamos todos los elementos para juzgar del racionio. Sin embargo, estudiando los rastros que aún quedan en la historia, se descubre que el sacrificio humano, más es error del espíritu, que perversidad del corazón; dimanó de exceso en el sentimiento religioso, y no de verdadera inclinacion al mal. Los pueblos en los tiempos que siguieron esa bárbara institucion, progresaron física y moralmente. La víctima humana no se presentó, sin existir primero la idea de un Ser Supremo, la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo y la recompensa de las acciones, la redencion de la culpa, la sustitucion en el sacrificio, la eficacia de las acciones buenas para lograr el perdón; un conjunto completo de doctrinas, enderezadas á ensalzar la virtud y enfrenar el vicio. Sin duda que es una inmensa mejora moral haber suprimido esa práctica salvaje; pero, examinada filosóficamente, no se presta á las lamentaciones intempestivas de ciertos pensadores llorones. El sacrificio humano es un lamentable error de la humanidad. Adoptando los pensamientos del conde de Maistre, (1) "su horror nace de que sin duda ignoran "que el abuso de sacrificios, por enorme que sea, es nada en "comparacion de la impiedad absoluta." En cuanto á mí, voy más adelante. Prefiero la víctima humana, á la ausencia de Dios y de su altar en el sistema del ateo: para mí, encierra más sentido comun el fetiche del negro bozal, que el evasivo y desconsolador *quien sabe* del pirrónico. El cristianismo hace imposible que aparezca otra vez la víctima humana: Dios aparta indignado los ojos de la sangre, y ya fué redimida la humanidad por el cruento sacrificio del Calvario.

(1) In Ramírez, loco cit. pág. 70.

Fuera del que acabamos de narrar, se formula segundo cargo contra los mexicanos, el de antropofagia. Seré breve:

"Además de los ejemplos producidos, dice el Sr. Don José Fernando Ramírez, (1) y sin tomar en cuenta el semillero de antropófagos, que los poetas antiguos y los mitólogos sitúan en el corazón de la Europa, sabemos por Plinio y por Pomponio Mela, (2) que lo eran esas numerosas tribus conocidas bajo la denominacion de *Escitas*: lo mismo dice Estrabon (3) de los *Irlandeses*; como testigo de vista lo afirma San Gerónimo (4) de los *Escoceses*, y Diódoro de Sisilia, (5) confirmando estas noticias, aumenta el catálogo con las numerosas tribus de los *Celtas*. Voltaire cita un pasaje de Marco Polo, que decía ser un privilegio de los magos y sacerdotes *Tártaros* comer la carne de los ajusticiados, y Sir Stamford Raffles refiere un hecho semejante, de muy reciente data y del más singular carácter que observó entre los *Battas*, (6) pueblo de la Sumatra, donde la civilizacion ha hecho grandes progresos, pues no sólo han adoptado para su gobierno las formas constitucionales, sino que también tienen establecimientos de instruccion pública, y una gran parte de la poblacion sabe leer y escribir."

"Para dar punto á este artículo y completar la prueba relativa á la universalidad del *antropofagismo*, diré con el sabio Virey, que ha examinado la materia como historiador, como filósofo y como fisiólogo: "Las naciones hoy más cultas fueron antiguamente *antropófagas*: Pellontier lo afirma de todos los *Celtas*, (7) "y Cluver de los Alemanes. (8) Infiérese por las capitulares de "Carlo Magno (9) que este crimen debía ser bastante comun, "puesto que aquel grande monarca tuvo necesidad de imponer "penas para suprimirlo. En la guerra que los tártaros hicieron á "los rusos el año de 1740, se les vió chupar la sangre á los muer-

(1) Notas y aclaraciones, pág. 64.

(2) Plin. Hist. natur. IV, 17.—Mela, de Situ Orbis, II, I.

(3) Geograph., lib. IV, pág. 139.

(4) Cit. por Torquemada, lib. XIV, cap. XXVI.

(5) Hist. Univers., V, 21.

(6) Encyclopédie des gens du monde, &c. art. *Adultere*.

(7) Hist. des cultes, t. I, pág. 235-242.

(8) German. antig.

(9) Edic. d'Heinec., pág. 382.

"tos. Todos los europeos descienden originariamente de una raza antropófaga. Un antiguo escoliasta de Píndaro lo afirma de los pueblos del Ática, en épocas remotas, y Pausanias lo asegura de los antiguos griegos, que con el discurso del tiempo llegaron á formar la nación más culta é ilustrada del universo." El autor citado que prosigue haciendo una larga y minuciosa enumeración de otros muchos pueblos de ambos continentes, para probar, que nada tiene absolutamente de nuevo ni de extraño que el hombre haya devorado á su semejante, la cierra exclamando: "Nosotros, pues, somos descendientes de antropófagos." (1)

Infírese de aquí, que la antropofagia ha sido crimen común del mundo entero; esta cuestión queda colocada en el mismo terreno que la de los sacrificios humanos.

Denomínase antropófago al que come carne humana. Se comprende que comer carne humana es un acto abominable, y se debe conceder que los mexicanos se entregaban á esta práctica. Pero, ¿no existe diferencia alguna, entre quien la come por vicio, por placer, por costumbre, porque hace de ella la parte principal y constante de su alimentación, y quien sólo la come en ciertas y determinadas ocasiones, permitidas por la ley y prescritas por el culto? No, se responderá; la razón anatematiza el hecho bárbaro de tocar á la carne del hombre, y no aminora el crimen la cantidad tomada por alimento, ni el disfraz con que se la encubra. Sin pretender clasificar los diversos géneros de antropofagia, insisto en que, es más viciosa y repugnante la conducta del caribe, del caníbal, del acaxee, que andaban á caza de hombres para devorarlos, que la de los méxica comiendo únicamente, por sentimiento religioso, la carne de las víctimas inmoladas á los dioses. Sólo pretendo explicar la antropofagia de los aztecas.

Resumiendo de nuevo lo que ya dijimos, el Estado y los particulares proveían de víctimas al culto, y ninguna injusticia, según ellos, se cometía en la muerte de las personas entregadas al cuchillo sacerdotal. Los esclavos perecían bajo el derecho que el dueño tenía para disponer de sus cosas. En cuanto á los prisioneros de guerra, reconvenido Motecuhzoma por Cortés acerca de la crueldad de los sacrificios, contestó el rey: "Nosotros tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos; podemos

(1) Nouveau diction. d'hist. natur. art. Anthropophage. Paris, 1816.

"matarlos en el calor de la acción, como vosotros haceis con los nuestros. ¿Y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?" (1) Idénticas ideas acerca de estos capitulos, profesaban muchos pueblos del antiguo continente.

Conforme al sistema de sustitución, inmolada la víctima quedaba consagrada, por pertenecer á las divinidades. Sacada de su estado natural por la santificación del sacrificio, se transformaba en una sustancia mística; desaparecían los caracteres primitivos, digamos así, para adquirir otros simbólicos y perfectos. Comer de la víctima es declararse adorador del dios, confesor de la religión, parte integrante de los creyentes; hay una especie de identificación con la misma divinidad; se goza de una prerrogativa casi celeste; el objeto comido cobra el mismo valor de la transformación santa del sacrificio. "Por una continuación de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los sacrificios, veían también los antiguos alguna cosa misteriosa en la comida del cuerpo y de la sangre de la víctima. Esta contenía, en su sentir, el complemento del sacrificio y de la unidad religiosa, de tal modo, que los cristianos rehusaron por mucho tiempo probar las carnes inmoladas, para que no se creyese que comiéndolas, reconocían las falsas divinidades á que se habían ofrecido; porque todos los que participaban de una víctima son un mismo cuerpo." (2) "Mas esta idea universal de la comunión por la sangre, aunque viciosa en su aplicación, creo sin embargo justa y perfecta en su origen, así como aquella de la cual derivaba." (3)

Los méxica, en virtud de la trasmutación, comían la carne de la víctima, no por ser codorniz, culebra ú hombre, sino porque era una sustancia santa. La tenían por cosa consagrada y sagrada, como aquella masa de tzoalli de que formaban el cuerpo de Huitzilopochtli, que despedazada servía en menudos trozos para su comunión mística. Además, la participación de la víctima sólo alcanzaba á la gente ilustre y principal, al dueño del esclavo ó cautivador del prisionero con sus amigos y parientes; no era una práctica universal, no todos llegaban á comer la carne humana.

(1) Clavigero, tom. II, pág. 427.

(2) 1. Corinth. X, 17.

(3) El conde de Maistre, cit. por Ramírez, pág. 56.

Pudiera llamar la atención ese convite repugnante en que la víctima era servida condimentada. Pero, los grados en el ejército, las distinciones civiles, las recompensas de todo género se alcanzaban en los campos de batalla, y se medían por el número de prisioneros cautivados personalmente. Traer un hombre de la guerra era una valentía, era rematar una hazaña á la cual seguía el premio; prescrito por el ritual que el prisionero se consagrara á los dioses, quedaba trasmutado en víctima; nacía de entrambas cosas un acontecimiento fausto, y para comer la sustancia mística y celebrar los hechos del guerrero, era ese convite religioso y social al tiempo mismo, á que concurrían los amigos y parientes del vencedor.

Fuera de la víctima inmolada, nunca los méxica comieron la carne humana, ni aun en los casos de mayor apuro. Hé aquí la prueba. Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina sobrevino una hambre espantosa; el pueblo necesitado devoró plantas y raíces; se alimentó de los animales más inmundos; vendieron sus hijos á cambio de maíz á los mercaderes cuexteca y se vendían á sí propios; emigraron á tierras lejanas, quedando muchos muertos por campos y caminos: durante tamaño apuro no se registra en los anales de ese pueblo afligido que se comieran unos á otros, no ya dando á otro la muerte cuando vivo, pero ni aun aprovechando los despojos de los muertos. Repitióse la plaga en el reinado del segundo Motecuhzoma, y en las mismas condiciones.

Los conquistadores, (1) como testigos presenciales, refieren los sufrimientos de los méxica durante el asedio de Tenochtitlan. El hambre fué la más cruel. Consumidas las provisiones comieron las hojas y las cortezas de los árboles; escarvaron la tierra para sacar las raíces; agotaron las sabandijas en la tierra y en el agua de la ciudad: murieron de hambre y no tocaron á los cuerpos de los suyos. No les faltaba poco ni mucho de aquel alimento, porque las plazas, las calles, las casas estaban sembradas con montones de cadáveres despedazados y de miembros esparcidos. "También quiero decir, dice Bernal Díaz, (2) que no comían la carne de sus méxicanos, sino era de los enemigos tlaxcaltecas y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el

(1) Bernal Díaz, cap. CLVI. Cartas de Cortés, en Lorenzana, pág. 239.

(2) Loco cit.

"mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como ésta." Es de advertir, que esa carne de los tlaxcaltecas y de los españoles que los méxica comían, provenía de los prisioneros sacrificados, mas no de los muertos caídos sobre el campo de batalla. Francisco López de Gomara, informado por los conquistadores, repite la cuenta de las penurias de los sitiados y escribe: "De aquí también se conoce, cómo mexicanos aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan, que si la comieran, no murieran así de hambre." (1) El cronista Herrera, (2) quien tuvo á la vista documentos auténticos, afirma expresamente: "Teníanse en casa los muertos, porque los enemigos no conociesen su flaqueza: no los comían, porque los mexicanos no comían los suyos."

Causa verdadera admiración que, contra autoridades tan caracterizadas, emita opinión contraria el Sr. Prescott, en su Historia de la Conquista de México; mas ya fué combatido victoriosamente por el Sr. Ramírez. (3)

Pongo punto final á este asunto. Ignoro cuál será la impresión que mis observaciones dejen en el ánimo de los lectores. En mi creencia personal, si porque los méxica gustaban la carne humana se les puede llamar antropófagos, evidentemente no eran caníbales. Una advertencia. Ni remotamente se vea en lo escrito la aprobación del sacrificio humano, ni mucho menos el comer de la víctima. Esta es explicación, y no defensa. (4) Aborrezco todas las acciones que propenden á la destrucción violenta del hombre, llevando por máxima, pocas veces la sangre se vertió sin crimen.

(1) Crónica de la N. España, cap. CXXXXIII, in Barcia.

(2) Déc. III, lib. II, cap. VIII.

(3) Notas y esclarecimientos, pág. 64.

(4) Fr. Jacobo de Testera, escribiendo al emperador Carlos V, de Huexotzínco, á 6 de Mayo 1533, le decía: "Sy dýçen que tienen incapacidad natural, diganlo las obras y encomençando de sus males los ritos de las ydolatrias é adoraciones de sus falsos dioses é çirimonias de diversos grados de personas cerca de sus sacrificios que, avnque esto es malo, naçe de vna solicitud natural no dormida, que busca so-corro é no topa con el verdadero remediador, &c." Cartas de Indias, pág. 64.